



EL ACUARIO DE CRISTAL

Los seres marinos de los Blaschka son una ofrenda a la historia natural, afirma Wolf Reiser

Mayo de 1853. Leopold Blaschka, de treinta y un años, está a bordo de un barco con rumbo a América del Norte. Su padre y esposa acababan de morir. En alta mar, como en trance entre el olvido y el comienzo de una nueva vida, Blaschka mira ensimismado la profundidad del Atlántico y, por casualidad, es testigo del increíble ballet nocturno de una colonia de *pelagia noctiluca* medusas que brillan en la oscuridad. Al día siguiente anota en su cuaderno de bitácora: "Frente a nosotros aparece una criatura diminuta, de una luz verdosa estridente que va aumentando de tamaño. Mientras tanto un mota oscura, probablemente un pez, pasa como una flecha entre las criaturas luminiscentes. Es como si quisieran atraer al espectador a un mundo mágico". Sin saber exactamente por qué, Leopold se rinde al hechizo y empieza a esbozar en su cuaderno exóticas criaturas marinas.

Durante generaciones, Blaschka había sido uno de los principales nombres del vidrio soplado del norte de Bohemia (ahora parte de la República Checa), cuyas cabañas del bosque eran tan típicas del paisaje tradicional como los molinos de agua o las barracas para

Leopold y Rudolf Blaschka crearon criaturas marinas de vidrio. Las maquetas se utilizaban para llenar acuarios vacíos en la época en la que estos animales no podían mantenerse vivos en cautividad. Los Blaschka hicieron maquetas pedagógicas de organismos microscópicos como la radiolaria (foto superior). Entre sus temas estaban el calamar y el pulpo, incluido el *Octopus vulgaris* (derecha); *Tremoctopus velifer* (página siguiente) y (página 25, sentido horario desde arriba a la izquierda) *Argonauta argo*, pulpo; *Histioteuthis bonelliana*, calamar; *Onychia platyptera*, calamar; *Sepia officinalis*, calamar



quemar el carbón lo habían sido desde el siglo XII. Cada una de las dinastías tenía su modo peculiar de utilizar la madera, los guijarros, el cuarzo y el óxido de plomo para producir una gama de artículos funcionales, objetos baratos decorativos u ornamentos exquisitos. Y estas fórmulas se conservaban en la familia como un valioso tesoro. Los Blaschka pronto formaron parte de la élite de fabricantes de vidrio; las lujosas arañas de cristal, los vasos de talla exquisita y las copas de color con adornos dorados acababan en las residencias palaciegas de la sociedad aristocrática. Desde una edad temprana, Leopold, también experto orfebre y tallador de gemas, sintió una gran necesidad de hacer algo nuevo. Daba interminables paseos, dibujando helechos, plantas y flores que él transformaba en casa en elegantes ornamentos luminiscentes. En 1857, el año en que nació su hijo Rudolf, comenzó a hacer maquetas de vidrio de orquídeas, sorprendiendo a expertos y coleccionistas. El museo de historia natural de Dresde consagró su obra cuando le invitaron a trasladarse ofreciéndole una casa y un taller en un pueblo en la ribera del Elba.

Con su síntesis naturalista de sólida artesanía y arte de vanguardia, Blaschka se adelantó al espíritu de finales del siglo XIX. Este fue un periodo obsesionado con la investigación y la medición, actividades que se llevaron a cabo con fervor, ya que en todas las grandes ciudades del mundo surgían facultades y museos de ciencias. Las reproducciones hiperrealistas de vidrio de los Blaschka eran muy apropiadas para la época. Alrededor de 1870, Rudolf comenzó a trabajar con su padre y pronto consiguieron una dilatada fama, con clientes en Japón, India y Estados Unidos.

Aunque se ocupaba principalmente de maquetas de distintas plantas, Leopold se acordó de repente de la magia del mundo marino; el fastuoso espectáculo submarino de luz, una polka de sepias, calamares y pulpos. Se construyó un acuario inmenso para poder reproducir el mundo de los invertebrados marinos con precisión microscópica. Estos dos fabricantes de vidrio por su parte crearon objetos de cristal admirables, anémonas de mar de un realismo asombroso, caracolas, anélidos, pólipos marinos, diatomeas, esponjas y, naturalmente, una y otra vez, esas misteriosas medusas danzantes.

Por un lado proporcionaron a investigadores y científicos, los objetos más cercanos a la realidad hasta entonces; al mismo tiempo aportaron a la humanidad una visión de cómo había sido el principio de la vida en el océano. Para los románticos, convirtieron lo transitorio en eterno, y para los coleccionistas crearon piezas únicas fascinantes de la máxima calidad artística. En resumen: los Blaschka revolucionaron el arte, la artesanía y la ciencia a un mismo tiempo, con increíble elegancia, sutileza y un talento que rayaba en lo divino. Leopold respondió cortésmente a los expertos que habían

manifestado sus sospechas: “Mucha gente cree que poseemos algún tipo de aparato misterioso. Pero no es así. Sólo poseemos la destreza que se requiere, de la que mi hijo posee más, porque es mi hijo”.

Durante su apogeo, los dos creaban con una facilidad intuitiva, practicando su oficio con la eficiencia de un mecanismo de relojería suiza. Mientras que Leopold trabajaba con las piezas más grandes de vidrio, centrándose en el ensamblado de la composición final, su hijo Rudolf se ocupaba de los intrincados detalles, los diminutos elementos decorativos, el acabado de la superficie y los detalles mágicos. Cuando George Lincoln Goodale, director del Museo Botánico de Harvard, visitó a los Blaschka en 1886, no consiguió relacionar lo que tenía antes sus ojos con los objetos acabados que conocía. Permaneció allí de pie, estupefacto, en una cabaña oscura llena de fragmentos de tubos de cristal, mesas rudimentarias, bobinas de hilo de cobre, nitrato de potasio, tazas de sal y pigmentos, fuelles antiguos, bidones de agua para el enfriado, latas llenas de óxidos venenosos, tanques de potasa y hornos de crisol abrasadores.

Deslumbrado, observó la increíble destreza con la que los dos maestros controlaban el proceso en el caos del taller: calentar, soplar, formar, fusionar; con una precisión de segundos, mezclaban innumerables colores, combinando capas de diferente espesor para crear una superficie con relieve y, asimismo manipulaban los hilos de cobre más finos con gran precisión para crear aletas, agallas, ojos. Goodale sintió que estaba presenciando un proceso de la creación divina. Desde 1890 en adelante contrató a los Blaschka para trabajar en exclusiva para la Universidad de Harvard. Se fabricaron miles de maquetas de plantas y animales, y de su prolífica producción quedan espléndidos catálogos de exposiciones.

Después del fallecimiento de Leopold en 1895, su hijo se hizo cargo del negocio. Sin embargo nunca habían tenido aprendices y en aquella predominante cultura de secretismo, pasaron por alto documentar el trabajo de toda una vida. Cuando Rudolf Blaschka murió, sin hijos, en 1939, los conocimientos acumulados por la dinastía fueron enterrados con él en la tumba familiar cerca de Dresde. Muchos de los dibujos originales sucumbieron durante los bombardeos posteriores. El legado artesanal de los magos de Bohemia está irremediadamente perdido. Ni siquiera los expertos en alta tecnología de Harvard han podido conseguir nada parecido a la calidad y la belleza de las criaturas de las profundidades de los Blaschka. Hoy nos conformamos con que universidades y museos en Londres, Viena, Pisa y Tubinga abran una sala ocasionalmente para ofrecernos una visión fugaz de este reino mágico que nos recuerda lo singular y efímero del arte. ♦

Para obtener más información sobre este tema, vea el contenido exclusivo en Patek Philippe Magazine Extra en patek.com/owners

